

Con negra esfera y májico astrolabio,
Mas por si la obstinada alma desnuda
Prender pudiese al ignorante sabio:
Este pues, cuya lengua tartamuda
Al mundo ofende, y cansa el torpe labio,
Al mago libro arremetió ligero,
Que es propio un hablador para embustero;

Y con él, en figura horrible puesto,
Formando rayas y fingiendo cruces,
Un sombrío escuadron sacó molesto
Del centro obscuro á las odiosas luces,
A librar al francés mago dispuesto,
Con corvos cuernos y ásperos testuces;
Mas el furor del templo aqueronita
La fuerza á todos y el vigor les quita.

No fue en la clara Rodas mas gigante
De pardo bronce su inmortal coloso,
Mas negra tez, mas hórrido semblante,
Ni en talle y proporcion mas espantoso,
Ni en bulto mas obscuro vió delante
De sí la noche al mundo tenebroso,
Cuando al cerrar de su enlutado manto
Es cuanto por sus sombras vuela espanto.

Que el gran torreón de la fantasma obscura
Que al francés mago en su prision asombra,
De cuyo aspecto la infeliz figura
Un mundo viste de enlutada sombra;
Y así en triste silencio mal segura
La negra escuadra que en sus versos nombra,
El burlon Trashurgin á su ventaja
La soberbia cerviz humilde abaja.

El viejo Satanás, que es de tres cuernos,
De discordias amigo, y de rencillas,
Cuya rabia revuelve los infiernos,
Y de Aqueronte asombra las orillas;
Tanta centella y sombras amarillas,
Sembrando guerras con ladrar prolijo,
Vuelto al soberbio Belcebú le dijo:

«Príncipe ilustre, á quien del reino obscuro
La parte mas indómita obedece,
Y de la triste noche el negro muro
Bañado en sangre por tus manos crece,
Contra quien no hay valor ni arnés seguro
Si el tuyo de una vez se ensoberbece,
A cuyo ceño triste en raudos vuelos
Suele el mundo temblar, y tembló el cielo:

Aquí por pactos que en sus reinos tiene
El francés Malgesí nos ha juntado,
A darle ayuda nuestro infierno viene,
De sus voces y cercos apremiado:
Sola tu invicta mano nos detiene,
Y el inviolable lazo fabricado
Por tu saber, contra quien ya no es justo
Se oponga nueva presuncion y gusto.

Mas si conforme al cerco fue en tu mano
Prender, y el desatarle no está en ella,
No es bien que tanto infierno agravie en vano
La odiosa luz de esa enemiga estrella:
Mas quede en pena al reino castellano
Humosa estampa de su ardiente huella,
Y sepa el mundo que por estas cuerdas
Juntas Belcebú tuvo sus escuadras.

Bien sabes que la espada rigurosa
Que nos echó de encima las estrellas,
Quizá por parecerle peligrosa
Nuestra vecina cólera cabe ellas;
No ha mucho que esta tierra belicosa,
Que ahora con tus negras plantas huellas,
La entregó á nuestra furia, y al castigo
De un poderoso bárbaro enemigo.

Cansada ya de los dislates vanos
En que por tantos años ciega anduvo
Entre soberbios dueños, cuyas manos
Con sus doradas masas entretuvo,

Ya en católicos reyes, ya en paganos,
De una en otra fortuna se detuvo,
Hasta que llegó el fuego de Vitiza
A hacer su antigua honestidad ceniza.

Este al ardor de mis centellas hecho
Aun mas fuego sacó que yo emprendia,
A un tiempo unidas en su torpe pecho,
Juntas ambas malicias, suya y mia:
No fueron mis discordias de provecho,
Ni ardiera la ambiciosa tiranía,
A no añadir veneno en mis marañas
El sensual calor de sus entrañas.

Con este permitió libre soltura
Al seglar pueblo y religioso estado,
Hasta negar, envuelto en su locura,
Del vicario de Cristo el principado;
Y sin dejar muralla en pié segura,
Firme torre, ni alcázar almenado,
Las armas derritió, el morrion de guerra
En corva reja vuelto abrió la tierra.

Iba ciego aprestándose al castigo
Que el cielo á sus delitos prometia,
Yo trazando ocasiones, y él conmigo,
Dando alientos al fuego que encendia;
Hasta que el reino le entregué á Rodrigo,
Y él al ciego furor de Berberia,
A quien por cruel verdugo á su malicia
Conmigo envió la celestial justicia.

Ya entonces tuve por seguro y fijo
Para siempre mi reino en esta tierra,
En quien de Jove el belicoso hijo
De su fuego el mayor calor encierra:
De aquí pensé con un rodeo prolijo
Al ancho mundo hacer injusta guerra,
Y ser de la morisca gente solo
El feroz Marte, y el prudente Apolo.

Mas no sé quién ni cómo me ha trocado
El feliz curso á mi primer gobierno,
Y aquel muerto valor resucitado,
Vuelto en firme diamante el pecho tierno:
Salió como de burla en campo armado
De una alta gruta, cóncavo de infierno,
Un capitan, que á la primer jornada
Ni yo le tuve ni el contrario en nada.

Mas como de una mínima centella
Creciendo el fuego una ciudad se abrasa,
Y el aire que antes pudo deshacella
Feroz la vuela ya de casa en casa;
Así desta vencida gente el vello
Con nuevo brio el sobresalto pasa,
Y llega á punto de engendrar temores,
Que los pequeños riesgos sean mayores.

Mas si tú ahora, príncipe del mundo,
Esta legion y tu poder me prestas,
Fácil cosa será al golpe segundo
Quitar su grave carga de mis cuevas:
Daré con toda España en el profundo;
¿Quién me lo estorbará, si tú le asestas
Un escuadron que pudo sin recelo
Plantar banderas y armas contra el cielo?

Quedarnos ha segura esta cosecha,
Y yo con la española monarquía
Tal, que al infierno harán la puerta estrecha
Los que á tenerte bajen compañía:
Así el soberbio espíritu, deshecha
La lengua en rabia, á Belcebú decia,
Solicitando el escuadron liviano
Para arruinar el reino castellano.

Quando la negra estatua acaronita,
Mandando sosegar el alboroto,
Así con torpe labio y voz malidita
Volvió á asombrar los árboles del soto:
«Yo antiguo defensor de la mezquita
Que en Meca goza, y tiene el primer voto,
Que su Alcorán forjó de un desatino

Que soñó el imprudente Calcabino;
No tengo mi furor tan olvidado;
Ni el odio interno á esta enemiga gente,
De las que en el bautismo se han lavado,
La mas firme, católica y prudente,
Que si pudiera habérmela tragado,
No haya en mi boca hambre suficiente;
Mas ¿quién podrá contra aquel brazo eterno,
Que es de su mundo universal gobierno?

Alzad los ojos á esa clara nube,
Que en torno ciñe vuestras negras sienes,
Y de España vereis adonde sube
El aumentado colmo de sus bienes:
Y aquel sangriento azote, en quien ya tuve
De su deseado fin firmes rehenes,
La antorcha ha sido con que el pueblo ilustre
De su valor ha descubierto el lustre.

Dijo, y de los ministros inferiores
Cada uno alzando la infernal cabeza,
En luz divina, y rubios resplandores,
Un vulto yieron de inmortal belleza;
Un mancebo gentil, cuyos colores
La nieve y rosas vencen en fineza,
Y el rico manto en varia pedrería
Rayos le presta al sol, y lumbre al día.

Con dos pomposas alas, cuyo vuelo
Al aire da los rojos arboles,
Que el nacar de la luz pinta en el cielo,
Cuando hace al día bellos tornasoles:
Por gala armado, mas que por recelo,
De una celada azul y peto goles,
Que en rubis está, y este en esmeraldas,
Arden y alumbran por las nubes pardas.

El yelmo en varias plumas enrizado,
Al cuello un tahalí de piezas de oro,
De un entero zodiaco grabado,
Desde el templado géminis al toro:
Y por el peto, y manto de brocado,
Todo sembrado el celestial tesoro
De imágenes, de signos y planetas,
En luz distintas, y en virtud perfectas:

Un venablo en la mano, cuyas lumbres
Al enemigo asombran que las mira,
Y el brioso esgrimir de sus vislumbres
Temor y espanto á los contrarios tira:
Así del cielo por las huecas cumbres,
Cuando al vellon de Colcos se retira
El bello dios que tuvo cuna en Delo,
El mundo alegra, y regocija el cielo;

Y el encogido invierno entre celajes
Lloroso huye, y baja la cabeza
Al alegre verano, que en ropajes
Lluidos viste el mundo de riqueza:
Tal deja los nocturnos personajes,
De envidia deslumbrados, la belleza
Del príncipe de España, á cuya mano
Dió su defensa el brazo soberano.

Bajan los rostros de temor rendidos,
Suspensos los furiosos ademanes,
De aceda envidia y de dolor corridos
Mas que primero dentro en sus afanes:
Tales, que á no tenerlos oprimidos,
Huyeran del infierno á los desvanes,
Como la noche huye de la aurora,
Quando el aljofar cuaja que antes llora.

Mas el divino príncipe de España,
Con su agradable y natural braveza,
«Estad canalla, dijo, estad cizana
Del mundo, alzad á oirme la cabeza;
Y sepa cuanto de Aqueronte! baña
El negro lago y hórrida maleza,
Y el ronco can asombra con ladridos,
Y de las furias siente los gemidos:

Que todo junto ese infernal espanto,
Que al mundo el centro y el reposo quita,

Desde el negro dosel de Radamanto
Al frágil leño en que Cháron habita;
Con cuanto de la muerte el triste llanto
En niebla cubre y sombras precipita,
Que contra España aquí vomite y eche,
Haré yo que ni baste ni aproveche.
Es verdad que aquel padre soberano
Que sobre el cielo tiene silla eterna,
Y del mundo las riendas en la mano,
Cuanto hay en él con su saber gobierna:
Este reino entregó al furor tirano
De la mahometana rabia interna,
Que con natural odio y pecho osado
Tanta cristiana sangre ha derramado.

Mas no fue todo causa de venganza,
Aunque eran mas que arenas sus delitos,
Que en la pia y justísima balanza,
Diez buenos pesan mas que mil pecitos:
Otros secretos fines, que no alcanza
El criado saber en sus distritos,
Dieron fuerza al azote y desconsuelo,
Que de nuevos tesoros pobló el cielo.

¿Qué venas de oro el fértil Duero cria,
Que fino jaspe el temple de Granada,
Que turquesas Zamora, qué Almería,
En finisimas ágatas sentada,
Que vario resplandor de pedrería
Levantó el rayo de la luz dorada
En su playa oriental, cuando la embiste
La alegre aurora tras la noche triste;

Que mas la altive, ilustre, y ennobleza,
Y mas grados le dé de gloria y fama,
Que esta calamidad; por mas que crezca,
Y que el humo la empañe de su llama,
Dándole noble sangre, que en riqueza
El cielo que la coge y la derrama?
Que de tan rica y fértil sementera
Menor cosecha y fruto no se espera.

¿Qué reino, qué ciudad goza en España
Del fértil suelo que su marca encierra,
Que no le deba á la morisca saña
Algun precioso mártir de su tierra?
¿Qué nacion hay en ella tan estraña,
A quien le falte gloria en esta guerra?
Dejo aparte las palmas que su mano
Victoriosa quitó al furor romano.

Y ahora ¿á quién no admira aquella fuente
De ilustre sangre, y de saber divino,
Que ayer corriendo en Córdoba caliente
Encima dió del Betis cristalino!
Y el que antes llevó turbia la corriente
Con la ceniza y fuego peregrino
De Isác y sus secuaces, ya con luto
Sangriento lleva al mar rico tributo.

Yo digo el sabio Eulogio, nuevo espanto
De vuestro ahumado reino tenebroso,
Que despues que pobló el alcázar santo
De escuadra insigne y campo victorioso,
Y en las hijas de Artemia pudo tanto,
Que á tres de un golpe dió triunfo glorioso,
Y su patricio suelo volvió rico
Con la sangre de Paulo y Ludovico!

Despues que entre suavísimas prisiones
Luz dió y esfuerzo á Flora y á María,
Y tras su voz con limpias persuasiones
Corrió al rojo martirio Leocrecia:
Rodeado de lumbrosos escuadrones,
Su triunfo guió por donde vuela el día,
¿Qué pérdida venir le pudo á España,
Que á la ganancia iguale desta hazaña?

Mirad de ese encumbrado Pirineo
La florida vertiente, mas preciosa
Por la sangre que en ella correr veo
De Alodia santa, y de su hermana hermosa,
Que por sus ricas pastas, que al deseo

Humano hartaron, cuando en voz famosa,
Arrojando tesoros del profundo,
Sus llamas dieron nombre y plata al mundo.
¿Cómo la masa cándida bendita,
Gloria del cielo y honra de Cardena,
Gozara España, si la sed maldita
De humana sangre fuera mas pequeña?
Y los brazos y piés que troncha y quita
Al sufrido Rogelio, con que enseña
A pisar mundo, y alcanzar sin manos
Por golpes muertos bienes soberanos.
Al mártir Gundesindo, toledano,
Y el hijo del rey moro que hoy le rige,
Que para serlo la paterna mano
El cielo ahora en su favor le elige:
A Sisimando, noble lusitano,
Y el gallardo Fandila, que corrige
El juvenil foror, y hace sagrada
Del real Guadix la tierra y de Granada.
Y de Getulia ardiente la honra antigua,
Que lo fue de Alcalá en su nacimiento,
Y con su sangre en Córdoba averigua,
Que al mundo no quedó ciudad de asiento;
Con otro inmenso pueblo que atestigüa
Contra el pagano, en cruz y altar sangriento,
La fe que dejó al hombre encomendada
El rey que saqueó vuestra morada.
¿Con qué comprara España tal tesoro,
Aunque para hallarlo desvolvierá
Los firmes montes tras sus venas de oro
De la codicia la hambre mas hartera?
Ni penseis, hijos del eterno lloro,
Que el gran Rector de la estrellada esfera
Tiene entregada para siempre á España
Al grave yugo de esa gente estraña.
Que ya de hoy mas sin que en menguante vea,
El primer punto de su nuevo aumento,
Ni corvo alfange poderoso sea
A usurparte otro paso de su asiento,
Mi español reino irá como desea
En próspero y dichoso crecimiento,
Hasta aquel siglo de oro y feliz día,
Que como antes la vuelva monarquía.
Ni solo el mundo que ahora ondea y baña
De sus dos mares el mudable yelo,
Y esta encumbrada y áspera montaña,
Que con los francos parte clima y suelo,
Le ha dado el cielo á mi invencible España,
Que no en valde le ha dado España al cielo
Tantas cabezas por su amor perdidas,
Que es rico el cielo, y paga en ambas vidas.
Antes á su católico monarca
Un nuevo mundo ha dado y nueva gente,
Donde corra su ley y ponga marca,
Desde el alba á las sombras del Poniente;
Y una ignota nacion, que ahora embarca
El feo Cháron sobre su lago ardiente,
Despierte con su luz á nueva vida,
Del mortal sueño en que la veo dormida.
Dijo, y batiendo las ligeras alas,
Que el aire dejan de vislumbres lleno,
Haciendo alarde de su brio y galas,
Y un arco de oro en su volar sereno;
Gallardo vuelve á las soberbias salas
Del estrellado alcázar, donde en freno
De oro gobierna las crecientes olas
De las varias fortunas españolas.
Así sobre los vientos se levanta,
Tras la serenidad de un pardo día,
La iris roja y azul, que siembra y planta
Por el cielo colores de alegría;
Y en lirios de oro su vislumbre santa
El aire encrespa, y en sus sombras cria
Los bellos arreboles en que sube
A lo alto desde el hueco de su nube.

Quedaron los espíritus inmundos
De envidia y confusion desalentados,
Y los rabiosos pechos en profundos
Dolores y congojas anegados:
Arruinara su cólera mil mundos,
A no hallarse impedidos y apremiados
Del ángel superior, mas sobre el mago
Vuelan á hacer el impedido estrago.
Y bramando en trístisimos aullidos,
En torbellino y lóbrega manada,
Ya sobre el árbol, ya sobre él subidos,
Mas le afligen y aprietan la lazada:
Así en las ramas donde están sus nidos,
La banda de estorninos alterada,
Cruza, vuela y revuela por el viento,
Trocando ramos y mudando asiento.
Creció el fiero combate de manera,
Que entre las negras sombras alteradas,
Si el francés de su fe ne se valiera,
Alma dejara y vida rematadas;
Mas de entre el humo de la gente fiera,
Hecha una cruz las manos levantadas,
«Jesús, dijo, socorre un siervo triste,
Por quien para morir en cruz naciste.»
Y apenas de aquel nombre soberano,
A quien el cielo y el infierno adora,
El dulce acento resonó en el llano,
Bien que en compás de lengua pecadora,
Cuando toda deshecha en humo vano
La infernal junta se apagó á deshora,
Quedando limpio el aire, claro el cielo
Y de mil monstruos escombrado el suelo.
Malgesi aquella noche y otro día,
Que de su lazo le duró el tormento;
De rezar no dejó, si bien no habia
Caudal de qué en su oscuro pensamiento:
Solo un breve renglon de oración pia,
Que escrito vió á las puertas de un convento,
Ese sabia, y ese en dulce vuelo
Llevado de la fe se oyó en el cielo.
De enmendar prometió la incauta vida,
Y el pacto oscuro con Pluton guardado,
Mas siempre fue difícil la salida
Del mal que ya en el cuerpo está arraigado:
Al que mas flora la salud perdida,
Deja la enfermedad menos reglado,
Que es la costumbre un enemigo fuerte,
Y mudar condicion á par de muerte.
Puesto de un pié en sus mágicas prisiones
Dos dias en ciego humo vivió á oscuras,
De su ciencia burlado, y las razones
Que primero adoraba por seguras,
Donde de noche en hórridas visiones
De dia en bultos, sombras y figuras,
Con fingido temor daban castigo
Al vano presumir del falso amigo.
Hasta que de los bosques comarcanos
Rústica tropa de villanos vino,
Que al lazo haciendo cruces con las manos
El nudo desataron peregrino;
Con que libre se halló de miedos vanos
El mal regido mágico adivino
En el deseado robo del infante,
En años niño y en valor gigante.
Esta es la oculta traza, la cantela
Es esta, y este el generoso intento,
Que á hacer á España cuidadosa vela,
De Grecia trajo á Orontes por el viento.
Mas sobre el mar una pequeña vela
Así volar entre sus olas siento,
Que amainar ó perderse le conviene,
Y á mi ver donde va el que en ella viene.
El que con su primer atrevimiento
Sobre el agua halló nuevos caminos,
Y del incierto mar y sordo viento,

os rincones buscó mas peregrinos,
Fijo al principio con medroso tiento
En la ancha playa y puertos convencinos,
El viento en calma y con la mar serena,
No osa apartar los ojos de la arena.
Crece el aliento, crece la osadía,
Y olvida poco á poco la ribera,
Engólfase hoy, engólfase otro día,
Y halla la mar mas blanda y menos fiera:
Pierde el primer temor que le tenia,
Y á nuevo cielo y mundo abre carrera,
Ni golfos teme ya, ni de la airada
Scila la herviente espuma aljofarada.
Que el gusto en sus presentes pretensiones
Atrapellando pasa inconvenientes,
Descubre otras riberas y regiones,
Otro cielo y estrellas diferentes,
Otras costumbres, leyes y naciones,
Otra habla, otro trato y otras gentes,
Y llega al fin del mundo, y playas solas,
Adonde el ronco mar quiebra sus olas.
Tal mi pequeño esquife va rompiendo
El peligroso golfo en que me hallo,
Unas veces en calma, otras corriendo,
Y apenas del temor puedo apartallo:
Por nuevo mundo y cielo discurriendo,
Y pues ya el detenello es anegallo;
Nobles deidades, que guiais mi intento,
Socorred mi barquilla con buen viento.
Y tú, gloria y honor, cetro segundo
Destas ricas antárticas regiones;
Que cerradas de inmenso mar profundo
Ven otro cielo, estrellas y oriones;
Vuelve los ojos á su nuevo mundo,
Oye mi voz, atiende á sus razones,
Serás mi Apolo, y en la lira suya
Pondrá mi canto y la grandeza tuya.
Darle has honra y favor en escuchallo,
Y en brio lozano con su nuevo aliento,
El barco tras quien va podrá alcanzallo
Con mas facilidad el pensamiento:
Que conforme á la altura en que me hallo,
Si aquí me falta de tu soplo el viento,
En calma quedaré y en golfo incierto,
Sin esperanzas del amado puerto.
Por el mar ancho en desenvuelto vuelo
Un barquillo sin alas discurría,
Y ahora ¡oh lustre del ibero suelo!
Sucesor digno del que en él venia!
Luego que al mundo el sin igual modelo
De tu raro valor, con el que cria
Tu antigua sangre real, hizo en Miduerna
Principio ilustre á tu memoria eterna.
Venciendo el campo alevé con su espada,
Su tío en libertad por ella puesto,
Sin darse á conocer dejó asombrada
La corte al rey, y del contrario el resto;
Y con la bella oculta retirada
Mas lustre en sus hazañas, y tras esto,
Con las nuevas del nuevo coronista,
Nuevos deseos de gozar su vista.
Después que el griego mago á sus heridas
Con frescas yervas dió salud bastante,
Por montañas y sendas conocidas
A las playas guiaron de Levante,
Por breñas y quebradas escondidas
Entreteniendo al generoso infante,
A fin que en la distancia del camino
El curso hiciese de un contrario sino.
Los floridos collados que Ezla riega
Dejan atrás, y la Sublancia loma,
Donde el gran Trismegistro en fértil vega
La ciudad hizo que deshizo Roma;
Y allí de un cerro, que á las nubes llega
«Ves, hijo, dijo Orontes, donde asoma,

Tras de aquel risco y áspera montaña,
Tu antiguo patrimonio de Saldaña.
Allí el que te dió el ser su estado tuvo,
Y en todo este ancho mundo tus mayores,
Y á tí mas fama en él, que en ellos hubo,
Te espera en tus divinos sucesores:
Desde allí hasta Fontible se entretuvo
En ver las fuentes de Ebro, que entre flores
Lloran hechos cristal por sus mejillas
Dos riscos en las torres de Mantillas.
Templando el sol con los alientos frios
De las nevadas cumbres de Iduveda,
Pasan por bosques y árboles sombríos,
Entre Bribiesca y Burgos la fresneda:
Pisan de Rioja los alegres rios,
Los collados de Nicta y Valyaneda,
De Orbion las altas sierras y peñones,
Sitio antiguo de Uracos Pelendones.
Aquí miran el lago monstuoso
Que á Duero dá las aguas y arrogancia,
Y de adonde con impetu furioso
Baja á buscar los muros de Numancia;
Y entre Agreda á la diestra, y el frondoso
Bosque de Tarazona á igual distancia,
Pasan del rio Moncayo la alta sierra,
A quien dió nombre el que á Palatuo guerra.
Bajan de allí á Tudela, y á Ebro el llano
Vadean humilde por canal estrecha,
Dejan á Jaca á la siniestra mano,
Y á Huesca en Aragon á la derecha;
Y entre Urgel y Cardona el gran pantano
Que al pedregoso Ayton sus aguas pecha,
Y el campo de Girona ven seguros,
Y allí el de Francia en torno de sus muros.
Era pública voz que la persona
Del César al ejército asistia,
Y de sus paladines la corona
Con la suya llevaba y componia;
Y Bernardo en el campo de Girona
Que le arme caballero pretendia,
Mas desabrido ya de la inconstancia
Del Casto, el rey tomó la posta á Francia.
Triste al doncel la no esperada nueva
Dejó, viendo alargar se deseo santo
De dar al moro de su brazo prueba,
Y al mundo nuevo con su espada espanto;
Y este cuidado tan sin él le lleva,
Y en su disgusto divertido tanto,
Que el caballo sin rienda, y él sin tino,
Al tomar de una senda erró el camino.
De su ayo astuto, y su encubierta gente,
Perdido se halló en un bosque espeso,
El sol ya en las montañas del Poniente,
De las tinieblas trastornando el peso:
Dió en caminar sin luz confusamente,
Y por derecha senda, ó curso abieso
Llegó al mar de Colibre, cuando el día
En el de la Coruña se escondia.
Era en la sorda playa la resaca
El son con que la noche iba creciendo,
Y á cada tumbo por la selva opaca
Las fieras con bramidos respondiéndole:
El viento que ni crece ni se aplaca,
Las estrellas sus rayos esgrimiendo,
El con su gusto, y sus deseos en guerra,
Suspense, sólo, y sin saber la tierra.
Dejó la silla, y el caballo suelto
Pacer sin rienda en el florido llano,
Receloso que su ayo allí le ha vuelto
Para del César le apartar en vano;
Y en este antojo el suyo fue resuelto,
De no tomar las armas de otra mano,
Ni heróica hazaña acometer que importe,
Hasta ser uno de su casa y corte.
Mas luego que el descuido entre las flores

Robando el alma le dejó dormido,
 Una voz tierna hecha de temores
 Pidiéndole favor llegó á su oído :
 O fuese el viento, ó sueños burladores,
 O el sabio que se huyó lo haya fingido,
 Porque en principios no del todo humanos
 El lo diese á sus hechos soberanos.
 Parécele haber visto una doncella
 De un su enemigo sin por qué alligada,
 Y que era el enemigo tal, que en ella
 El gusto tiene puesto de su vida :
 Que el querello causaba su querella,
 Y el ser amada la hace desabrida,
 Y sin mas ocasión que esta agonía,
 Breve socorro á su aflicción pedía.
 Salió alterado, y puso con presteza
 Furiosa mano á su atrevida espada.
 Buscando en vano la mortal belleza,
 Que de su favor vió necesitada :
 Sacude el sueño, y culpa su pereza,
 Y con el alma inquieta, y voz turbada,
 Por no la haber con tiempo socorrido,
 Así despierto habló á quien vió dormido.
 « ¿ Dónde, ó nueva deidad, mandas te siga ?
 Muéstrame mi ventura, ó tú, el camino,
 En que tu intento y gusto se consiga,
 Y el mio de tanto bien no salga indino : »
 Dijo, y por ver en vano se fatiga
 Por donde fue lo que en el sueño vino,
 Que el no ver lo que vió en sombra tan bella,
 Que es falta cree de luz, ó sobras della.
 A su lado halló unas armas bellas,
 De flores de oro y pedrería sembradas,
 Blancas y salpicadas con estrellas,
 De un verde azul y rosicler grabadas ;
 Como pudo mejor se armó con ellas,
 Y á su cuerpo y á su ánimo ajustadas,
 En belicoso fuego se encendía,
 Deseando ver lo que durmiendo via.
 Un rastro de oro, cual cometa ardiente,
 Volando vió cruzar el hueco viento,
 Por rayo de un rumor, que de repente
 Sacar pareció al mundo de su asiento :
 La cercana deidad Bernardo siente,
 Y adórala en su oculto pensamiento,
 Con los pasos siguiendo, y con la vista,
 Del rayo ardiente la dorada lista.
 Llegó á la playa, y de la mar salada
 Los pies mojó en la combatida arena,
 Pasando entre el silencio sosegada
 La noche de quietud y sueños llena :
 Sin viento el golfo, en calma sosegada,
 Como en estanque claro agua serena,
 Y el cielo noche y vidas abreviando,
 Sobre ejes de oro sin parar volando.
 Un pequeño batel en la arenosa
 Playa sin ver con qué vió detenido,
 Y embarcándose en él ; estraña cosa !
 Volando se engolfó en el mar tendido :
 De entre las manos no tan presurosa
 Sale dejando el ave el caro nido,
 Ni el harponcillo de oro mas ligero
 De su arco despidió el mejor flechero.
 Cual ave ó flecha por el blando viento
 Sin dejar rastro el agua va cortando
 En varias cosas puesto el pensamiento,
 Y como en todas acertar trazando ;
 De unas en otras su alto pensamiento
 Cual va su esquisse por el mar volando ;
 Mas siga ahora su gusto, huya su pena,
 Que de lo que él propone el cielo ordena.
 El carro de oro sobre el hombro diestro
 Del mauritano Atlante volteaba,
 Y en el del sol el carretero diestro
 A los caidos Antípodas bajaba,

Y de su vela al marinero nuestro
 Rendir el primer cuarto convidaba,
 Cuando el esquife á un galeon armado,
 Sin ver cómo, ó por quién, se halló abordado.
 El quieto mar en calma le tenia
 Pegadas á los árboles las velas,
 La gente aun su bullicio mantenía,
 Y el primer cuarto sus recientes velas :
 El bullicioso esquife que venia,
 Al temor puso y alboroto espuelas,
 Tales, que el que llegaba mas atento
 Temía por uno que miraba ciento.
 Llegó al real bordo el encantado barco,
 Y en deseos de mostrarse los primeros,
 Alperso el rojo, y Galbarin el carco,
 Dentro saltaron con braveza y fieros :
 Uno diestro en espada, el otro en arco,
 Y ambos de los persianos caballeros
 De mas denuedo, y opinion mas sabia,
 Aquel nacido en Persia, este en Arabia.
 El altivo español con la templanza
 Que á disfrazar bastó su desden fiero,
 Brioso y comedido á la pujanza
 Salió del uno y otro caballero ;
 Y á qué deseado puerto la esperanza
 Al pesado galeon lleva ligero.
 Humilde preguntó, y al, cómo, y dónde,
 Así de dos el uno le responde.
 « A la gran Siria la derrota lleva,
 Si Eolo nos ayuda con su aliento,
 Que encerrados los aires en su cueva,
 Con prolijo calmar nos da tormento,
 Y andar haciendo de los vientos prueba,
 Es propiamente andarse tras el viento :
 Orimandro, famoso rey de Oriente,
 Navega aquí con su invencible gente. »
 Bernardo entonces « lo que á mi me toca,
 Sabrás, dijo ; que soy un navegante,
 Que no he hallado con fatiga poca
 De mi viaje el fin que veo delante :
 Mi nombre el Caballero de la Roca,
 Poco famoso, y menos importante ;
 Busco á tu rey, y solo hablarle quiero,
 Si se deja hablar de un caballero. »
 « Mi rey, respondió Alperso, dar no escusa
 En todo tiempo á todos grata audiencia,
 Ni el verdadero príncipe rehusa,
 Ni en calidades hace diferencia : »
 Entró Bernardo por la nao confusa,
 Y á los dos que le dieron la licencia,
 El contrahecho barco á lo profundo
 Libre arrojó de aquel mudable mundo.
 Pasó gallardo, la visera alzada,
 Sin ser de nadie en nada defendido,
 La cámara de popa vió labrada
 De precioso marfil y oro bruñido,
 De persianos tapices entoldada,
 Y allí á una bella dama un rey rendido,
 De aspecto bravo, bien que ya no lo era,
 Que le habia vuelto amor de acero en cera.
 La reina del Catay, la luz mas pura,
 Que fue de Europa y Asia fuego ardiente,
 La que entregó á Medoro la ventura,
 Y á ella los reinos del rosado Oriente ;
 La angélica beldad, la hermosa pura
 Que á nadie dejó libre, el rey potente,
 Hecha su alma un altar de amor injusto,
 Por idolo traía de su gusto.
 Y en contemplar su hermosura atento
 Mas que hombre estatua muerta parecia,
 Insaciable en hartar el pensamiento
 Del sabroso veneno que bebía.
 Cuanto mas bebe queda mas sediento,
 Que es el amor mortal hidropesía,
 Y el gusto que se veda en quien padece,

El que solo se estima y apetece.
 Con blandos ruegos la sazón buscaba
 De hallar menos altiva su aspereza,
 Mas ni ese ni otro medio aprovechaba,
 Que donde falta amor todo es dureza :
 Cuando él á su desden mas se humillaba,
 Mas ella heroseaba su fiereza,
 Que es la mujer de suyo áspera roca,
 Si amor de cerca ó lejos no le toca.
 « Gloria de esta alma tuya, le decía
 En su dolor, y en ella transformado,
 Si por haber aquesta vida mia
 Al gusto de tu altar sacrificado,
 Con ese llanto anegas mi alegría,
 Y el adorarte pagas con enfado,
 ¿ Qué mas grave tormento se me diera,
 Si contra ti otra culpa cometiera ?
 Bien sabes que fue el término de verte
 Feliz principio de rendirte el alma,
 Ni te es del todo oculto que en quererte
 Al mio ningun amor llevó la palma :
 Si solo el dulce bien de obedecerte
 Mis gustos tienen por el tuyo en calma,
 Anatomía suficiente han hecho
 Tus bellos ojos en mi humi de pecho.
 No con mayor lealtad el cristal puro,
 Ni sosegada fuente en valle ameno,
 Detrás mostró del trasparente muro
 A los ojos su limpio y casto seno ;
 Ni en torreado alcázar mas seguro
 Príncipe fue de sobresalto ajeno,
 Que en mi pecho se vió, y está en mis ojos,
 Gozando un casto amor dobles despojos.
 Si con temor te sirvo y reverencia,
 Y adoro y temo tanta hermosura,
 Si entre mi sufrimiento y tu violencia
 Cada hora el oro de mi fe se apura ;
 Y si es justo vivir en tu presencia,
 Siendo mi cielo en cárcel tan oscura,
 Aborrecido, y lleno de firmeza,
 Hable por mi, responde tu belleza.
 Bien sabes que tu ira la he temido
 Cual verdugo el cuchillo y brazo alzado,
 Cual violencia de príncipe ofendido,
 Cual pequeño batel al mar airado,
 Cual vulgo en nuevos bandos dividido,
 Cual avariento golpe desusado,
 Cual tirano cruel gente alterada,
 Cual sagaz capitán gente emboscada.
 Y que entre estos temores te he servido
 Cual siervo al interés aficionado,
 Cual pretensor en córte entretenido,
 Cual á juez dudoso hombre culpado,
 Cual paje nuevamente recibido,
 Cual por conjuro espíritu apremiado,
 Y por comparación mas ajustada,
 Cual nuevo amante á dama disgustada.
 Y tú por esto me has aborrecido
 Cual á cruel enemigo declarado,
 Cual labrador á un avariento ejido,
 Cual noble pecho á un corazón hinchado,
 Cual á competidor favorecido,
 Cual ánimo ambicioso hombre privado,
 Cual prolija visita alma enfadada,
 Y á libres ojos dama recatada.
 Entre estas muertes vivo, y desta suerte
 Tu aspereza me está martirizando,
 Mi esperanza en los brazos de la muerte,
 Ya entre vive y no vive agonizando,
 Muriendo por los gustos de quererte,
 Que es en leyes de amor vivir reinando ;
 Mas ahora viva ó muera, muerto ó vivo,
 Jamás morirá en mí la fe en que vivo.
 Ponme al sol que la seca arena abraza,
 O adonde él muere envuelto en tierna nieve,

Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,
 O al que nieve, granizo, y rigor llueve,
 Por donde el día con su carro pasa,
 O la llamada noche el suyo mueve,
 Que en luz, tinieblas, en calor, y en frio,
 Dejaré por ser tuyo de ser mio. »
 Dijo, y cual si de blanco mármol fuera
 Quedó sin habla, sin color, sin vida ;
 Solo dió el llanto muestra verdadera
 De estar al triste cuerpo el alma asida :
 ¡ Duro paso de amor, que enterneciera
 Del Caspio mar la roca mas ceñida !
 Y en Angélica obró su sentimiento,
 Lo que en acero duro el blando viento.
 Cual parda encina en años arraigada,
 De un desabrido ciervo acometida,
 Que mientras mas de aquí y de allí asaltada,
 Mas á su firme centro se halla asida ;
 O cual peña en revuelto mar sentada,
 De una, y otra, y otra ola combatida,
 Que el aire y agua lavan las estrellas,
 Y firmes quedan en sus montes ellas :
 Tal á los dulces ruegos y blanduras
 Del Persa rey Angélica quedaba,
 Rotas de la razon las ligaduras
 Con que las suyas convencer trazaba ;
 Volviéndose á las voces mal seguras
 Del deleitoso son que la encantaba,
 En muda lengua, y en semblante duro,
 Sierpe enroscada al mágico conjuro.
 Bernardo con razon quedó admirado
 De dos tan diferentes voluntades,
 De aquel amor y desamor, causado
 De sus mismas contrarias cualidades :
 De Orimandro el valor considerado,
 De su pena y dolor las propiedades,
 A compasion y lástima obligaba,
 Mas que á quitarle lo que aun no gozaba.
 Mas aquel firme y generoso aliento,
 Y aquella fuerza del autor divino,
 Que por el ciego mar, y sordo viento,
 El alto fin guió de aquel camino,
 Era á todo su bien impedimento,
 Y la violencia del contrario sino,
 Que en no admitido gusto determina
 Que muera el rey por la gallarda China.
 Llegó el doncel el rostro descubierta,
 Y el persa en verlo entrar salió alterado,
 Que ante su ingrata dama el pecho abierto,
 Dándole estaba el alma arrodillado :
 La que dormido vió halló despierto,
 Y viendo el tierno gusto violentado
 En que allí está, contra el presente agravio
 Así á Orimandro vuelto movió el labio.
 « Por tales cursos el del cielo guía
 El vario fin de las humanas cosas,
 Que á veces gloria del do'or se cria,
 Y de un contrario azar suertes dichosas ;
 Y en la fruta que al gusto parecia
 Sazonada, en lisonjas mentirosas
 Suele estar la ponzoña entremetida,
 Y tras la flor la víbora escondida.
 Y así, famoso rey, si al justo cielo,
 Que aquí por varios trances me ha traído,
 Con mi venida diere algun recelo
 Al gusto en que te ha illo entretenido :
 El discurrir de su piadoso vuelo
 A nuestro bien va siempre dirigido,
 Y aquel que de su mano y trazas viene,
 Es el que mas á quien lo da conviene.
 Si del incierto fin de mi venida
 De propósito hubiese de informarte,
 Seria tomar tan lejos la corrida
 Con desabridos cuentos enfadarte :
 Mas la causa entre muchas preferida,